

Cual si ese voto acabase de ser aceptado, Marianita, que no lo había oído, continuó después de una corta pausa :

— ¡Bendito sea Dios, Gertrudis! ¡Bendito sea el que puede convertir en instrumento de salvación un instrumento de perdición! Diez lazos han aprisionado al mismo tiempo las raíces y las ramas del árbol; está como una almadía flotante y nada puede ya contra él, el furor de las aguas. El guapo caballero podría agarrarse á su tronco; pero no quiere abandonar ni al noble animal cuyo vigor le salvó ni al hombre á quien tiende los brazos. El torrente ruge á su alrededor; sus olas le cubren la cabeza... no suelta la presa...

— ¡Acaba, Marianita, ó me muero! — murmuró Gertrudis.

— Se nublan mis ojos — contestó aquella — parece que las aguas lanzan olas de fuego... Está orgullosa del que amas, Gertrudis, el noble caballero ya nada tiene que temer... ¡Escucha esos gritos de triunfo! Todos se han salvado: los caballeros y el caballo que montan.

Una aclamación de alegría que llenó los ámbitos de la hacienda, hizo explosión al mismo tiempo sobre las terrazas y á lo largo de la muralla confirmando las palabras de Marianita.

Las dos hermanas se abrazaron estrechamente por un instante: luego Marianita reuniendo en su mano un haz de los largos y sedosos cabellos de Gertrudis y acercándolo tiernamente contra sus labios:

— ¡Oh! dijo — lanzando un suspiro de dolor — tus pobres hermosos cabellos que valen un reino!

— ¿No ves tú — replicó Gertrudis — que por lo menos será él quien los corte de mi cabeza?

CAPÍTULO VI

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA

A un cuarto de legua en los alrededores de la cascada de que se ha hablado, se levantaba, como es frecuente en México, una pequeña colina cuya cumbre, sea por un capricho de la naturaleza, sea más probablemente por la mano del hombre, hallábase aplanada y nivelada.

Los anticuarios de la provincia pretendían que el *cerro de la Mesa* era un pedestal en que en otros tiempos se había erigido un templo á alguna divinidad zapoteca.

Por esta razón era sin duda que Costal tan fiel á los recuerdos como al culto de sus padres, por muy cristiano que fuese, había hecho de este lugar elevado, una de sus citas de cacería.

Se había construido allí una cabaña al estilo nacional; es decir: que sus paredes consistían en doble enrejado de cañas revestidas de barro por la parte interior.

El techo, muy inclinado para facilitar el deslizamiento de las aguas pluviales, hallábase cubierto por largas cepas que constituyen el tronco del bananero, dispuestas en canales al modo de tejas romanas.

En sus incesantes cacerías de jaguares, que son tan numerosos en Oaxaca que cada hacendero emplea uno ó dos tigreros para destruirlos y proteger las crías del

ganado errantes en las llanuras; en sus cacerías, decimos, el Indio pasaba con frecuencia largas horas en medio de esta soledad.

Costal descendía en línea recta, como había dicho á Clara, de los antiguos caciques de Tehuantepec; y el objeto de sus meditaciones era siempre la eclipsada grandeza de su antigua y poderosa familia. Profundamente indiferente á las querellas políticas de los blancos, si había acogido con entusiasmo la noticia de la insurrección de Hidalgo, era por aprovecharla y tratar, con el oro con cuyo descubrimiento soñaba tan locamente, hacer revivir en su persona el título de cacique y la dominación que ejercieran sus antepasados. Las creencias paganas en que fuera educado, la soledad en que constantemente vivía á causa de su oficio, la familiaridad con el océano inmenso cuyas profundidades había explorado siendo buzo, todo había contribuido á dar á su carácter, ya extravagante, una exaltación supersticiosa que tocaba los lindes de la manía.

El visionario Indio había concluido por tener tal ascendiente sobre el negro Clara, que el don Quijote zapoteca, diferente en eso del gentilhomme manchego, hubiera hecho tomar tan fácilmente á su negro escudero los molinos de viento por gigantes, como á un capitán de los dragones de la reina por la Sirena de los cabellos torcidos.

Es allí, en la cima del cerro de la *Mesa* en donde volvemos á encontrar á los dos aventureros, una hora poco más ó menos después de la partida de don Rafael Tres Villas.

Acababan de transportar sin gran fatiga la ligera piragua de Costal á la plataforma de la colina y de colocarla con la quilla arriba, á lo largo de las paredes de la baña de que hemos hablado.

— ¡Uf! — dijo el negro sentándose sobre la embarcación — creo que bien hemos ganado un instante de descanso. ¿ En qué piensa Ud., Costal?

— ¿ No ha recorrido Ud. muchas veces la provincia de

Valladolid? — interrogó el Indio sin contestar la pregunta ociosa del negro.

— Sin duda; y la de Acapulco también; conozco las dos y también otras desde el más escondido extravío hasta los caminos reales más frecuentados por haberlos recorrido en calidad de *mozo de mulas* con mi patrón don Valerio Trujano á quien no he dejado sino para hacerme propietario en la provincia de Oaxaca — añadió recalcando con cierta fatuidad la palabra propietario.

Clara hacía alusión á un *jacal* de cañas que había construido sobre algunos pies de tierra concedidos por el dueño de la hacienda de Las Palmas á quien se arrendaba para las cosechas de cochinilla, lo que explica el estado de independencia ociosa que el negro gozaba durante una parte del año.

— ¿ Por qué me hace Ud. esas preguntas? — replicó.

— Porque no nos conviene afiliarnos como soldados en el ejército del padre Hidalgo. El descendiente de los caciques de Tehuantepec, muy bien puede servir en calidad de cazador de tigres á un propietario de su país; pero no consentiría jamás en llevar el uniforme.

— Sin embargo, es muy bueno tener pompones rojos, casaca verde y pantalones amarillos como el más hermoso *juacamayo* de estos bosques. Dudo, por lo demás, que el señor cura generalísimo y capitán de la América Hidalgo, tenga bastantes uniformes á su disposición para incomodarlo á Ud. Pero á menos de afiliarnos como capitanes, no veo qué haremos si no somos soldados....

— ¿ Lo que haremos? — interrumpió Costal; nos presentáremos como guías, como exploradores puesto que Ud. conoce al dedillo una parte del reino. De esta manera iremos y vendremos á nuestra voluntad en busca de la diosa de las aguas.

— La diosa de las aguas está entonces en todas partes.

— Sin duda: puede aparecerse á sus fieles servidores en cualquier parte donde encuentre una fuente para

mirarse, un río ó una cascada para bañarse, ó el mar para buscar las perlas que adornan su larga cabellera.

— ¿Nunca la ha visto Ud. cuando hacía la pesca de perlas en las riberas del golfo de Tehuantepec? — preguntó Clara echando una mirada sobre la llanura iluminada por la luna en tanto que el sordo y lejano murmullo de la inundación daba á ésta un solemne aspecto.

El negro bajaba involuntariamente la voz.

— Sin duda — respondió Costal — más de una vez por la noche, sobre las playas de los placeres de perlas, he visto á la Sirena torcer á la claridad de la luna, sus largos cabellos cantando y hermostear su garganta con las perlas que buscábamos en vano. Más de una vez también, sin que mi carne temblara, la he llamado para que me revele los ricos yacimientos de perlas; pero ha sido inútil no sentir temblar el corazón en su presencia pues es preciso que sean dos para que la sirena de los cabellos torcidos lo acoja.

— Eso se concibe — dijo Clara — su marido es celoso y no le permite las citas.

— A decir verdad, amigo Clara — continuó Costal sin felicitar al negro por su perspicacia — no espero obtener su aparición ante nosotros, antes de que tenga cincuenta años cumplidos. Si entiendo bien las tradiciones algo obscuras que me han transmitido mis padres, jamás Tlaloc y Matlacuezc se aparecieron al hombre que aún no ha vivido medio siglo. El cielo ha querido que desde los caciques hasta mí, ninguno de mis antepasados viviese más de cuarenta y nueve años. Solamente yo he pasado de esa edad; y sólo en mí, de todos los miembros de mi familia, puede verificarse la tradición conservada entre nosotros de padres á hijos; no espero ya para eso sino un día: el de la luna llena que seguirá al solsticio de verano del año en que haya cumplido mis cincuenta. Sin embargo, quiero tentar la fortuna mientras espero, haciendo á los españoles la guerra más encarnizada y reservando toda mi independencia para el gran día del solsticio de verano.

— ¡Ah! — exclamó el negro — ahora me explico el porqué han sido inútiles nuestros esfuerzos de esta tarde por ver á la diosa. ¿Cuándo entonces habrá llegado Ud. á los cincuenta?

— Dentro de algunos meses; respondió el Indio; pero suceda lo que suceda, está convenido que partiremos mañana para Valladolid. Nos serviremos de la piragua para regresar á la hacienda y despedirnos de don Mariano, como deben hacerlo los servidores respetuosos.

— Está convenido; pero olvidamos una cosa esencial.

— ¿Cuál?

— A ese pobre diablo de estudiante á quien la inundación va á sorprender y que aquel oficial dejó cerca de los *tamarindos*.

— No lo he olvidado; iremos á buscarlo, si vive aún; es decir, si ha tenido la presencia de ánimo de subirse á un árbol para salvarse de la inundación: lo conduciremos á la hacienda donde le dejaremos.

— Sí, si es que vive aún. ¿No oye Ud. con qué furor rugen las aguas allá abajo? ¿Quién sabe si el mismo oficial ha tenido tiempo de escapar?

— El hecho es, respondió Costal — que él habría hecho mejor pasando aquí la noche con nosotros; ¡pero parecía tan apresurado por llegar á Las Palmas! Tal vez tenía sus razones: también es cierto que no le propuse quedarse.

— Es bueno asegurarse aquí — dijo el negro — y si á este propósito tuviera Ud. olvidado en cualquier rincón de la choza algún bocado de *tasajo*, me vendría muy bien con un vaso de agua.

— Esté tranquilo: tengo lo necesario para satisfacerlo.

La respuesta del Indio puso fin á la conversación. Entró á la choza seguido de Clara.

Un fuego claro de malezas no tardó en chisporrotear sobre la piedra de la hoguera. Cuando no quedaron más que brasas, Costal puso en ellas algunos pedazos de carne secada al sol, cecina; y muy pronto gozando del

profundo sentimiento de la seguridad en que se hallaban en la cima del cerro, los dos compañeros pusieron á saborear su frugal comida.

Después se acostaron en el suelo y se dejaron arrullar por el ruido más y más próximo de la inundación.

Dormían; y el ruido que anunciaba las aguas invadiendo con terrible torbellino la llanura, no tuvo poder para arrancarles de su sueño. Sin embargo, Clara se agitaba de vez en cuando creyendo oír los rugidos de los jaguares, que tanto le habían asustado, mezclarse con el murmullo de las aguas de que tenía confusa percepción.

Si se hubiese despertado, habría visto, en efecto, á la salvaje familia de los tigres rozar á saltos por el pie del *cerro de la Mesa*. Los cuatro animales rugieron al oler que dos hombres se hallaban en la cima; pero llenos de profundo terror por las aguas que los perseguían y de las cuales sólo su ligereza podría salvarles, huyeron no tardando en desaparecer y precediendo á la montaña líquida cuya rapidez casi igualaba á la suya.

Aprovecharemos el sueño del indio y del negro, para volver un momento hacia el pobre estudiante don Cornelio Lantejas, después de haberlo dejado tanto tiempo; y cerrar así los acontecimientos de aquel día en que dan principio sus aventuras.

Lo hemos dejado durmiendo en la hamaca que su buena estrella le proporcionó tan oportunamente.

De repente se despertó sobresaltado con los miembros helados por un frescor repentino y vióse suspendido en su hamaca por encima de un mar furioso que se hinchaba en olas enormes á medio pie de distancia de su cuerpo. El estudiante lanzó un grito terrible al cual respondieron desde la copa de los tamarindos, sordos murmullos y agudos silbidos.

Cornelio paseó su vista espantada á su alrededor tan lejos como pudo; y no vió sino un lago enorme de ondas espumosas. Desde entonces, todo se lo explicó: la huida de los habitantes del campo y las canoas suspendidas de

los árboles. Los ruidos que oía tenían por causa la aproximación de una de esas inundaciones anuales que se verifican casi en día fijo en la provincia de Oaxaca en que se hallaba y que habría evitado en casa de su tío sin la desesperante lentitud de su caballo de picador.

¿Qué iba á ser del viajero? — Apenas sabía nadar; y aunque hubiese podido rivalizar con uno de los pescadores de perlas de Tehuantepec, de nada le habría servido toda su habilidad en medio de un lago que todo lo invadía y por encima de cuya superficie, solamente surgían las copas de los tamarindos entre los cuales se hallaba suspendido.

Su situación, ya de por sí espantosa, no tardó en serlo más.

Los ojos de fuego que el estudiante vió brillar como dos luciérnagas, ó por mejor decir, como dos carbunclos encendidos, entre el follaje de los árboles, pronto le explicaron la naturaleza de los sordos rugidos que acababa de oír: algunos animales feroces, jaguares indudablemente, se habían refugiado en los tamarindos para huir de la inundación. Solamente ellos podían encaramarse así. No haremos el relato de sus terrores durante aquella terrible noche en que se vió suspendido en medio de tan espantoso vecindario, sobre un océano que podía crecer más y arrastrarlo.

Diremos que al fin llegó el día y que toda una nidada de jaguares, macho, hembra y cachorros, se le apareció en la copa de los árboles entre los cuales se hallaba; y que no lejos de aquéllos, largas y horribosas serpientes se enrollaban en las ramas.

Por debajo, se extendía un mar agitado, de olas amarillentas en que rodaban árboles arracandos de raíz que llevaban gamos amedrentados sobre los cuales volaban las aves de rapiña lanzando penetrantes gritos.

Por todos lados el espectáculo de la desolación y de la muerte: con frecuentes intervalos, el instinto feroz de los jaguares hambrientos luchaba contra su espanto, á vista de una presa casi al alcance de sus garras; pero el

terror prevalecía, y Lantejas les veía cerrar los ojos como para escapar á la tentación de devorarlo.

Luego las serpientes por su parte, enrollaban y desenrollaban sus cuerpos viscosos, aterrorizadas por la presencia del hombre y de los jaguares.

Muchas y largas horas habían transcurrido en que el lago aunque henchido, fué haciéndose menos agitado, cuando le pareció oír sobre la superficie de las aguas, un ruido que esta vez no supo cómo definir. Retumbaba como las notas de un clarín de guerra, ó bien era grave como los rugidos que de cuando en cuando lanzaban los dos formidables vecinos del estudiante.

En esta extraña melodía se habrá reconocido el sonido de la concha marina de Costal, quien, siguiendo su camino, evocaba, por si acaso, la presencia de la diosa de las aguas.

Bien pronto el estudiante distinguió en lontananza, y bailando sobre las olas, la pequeña embarcación montada por los dos compañeros. De cuando en cuando el Indio, acostumbrado á esta peligrosa navegación, dejaba los remos para tocar su instrumento, cuya inexplicable armonía llegaba hasta Lantejas.

Absortos en su singular preocupación, ni Costal ni Clara distinguieron á Cornelio escondido entre su hamaca en que no se atrevía á hacer movimiento alguno; sin embargo, el grito sofocado de una voz humana, llegó hasta sus oídos.

— ¿Ha oído Ud., Costal? — exclamó el negro.

— Sí, como un grito; sin duda es ese pobre diablo de estudiante que nos llama. Pero ¿en dónde está? No veo sino una hamaca colgada entre dos tamarindos, allá lejos. ¡ Ah! él está dentro, ¡ caramba!

Costal dejó oír una formidable carcajada que el estudiante acogió como música del cielo. Lo habían visto, á no dudarlo, y elevó á Dios ferviente oración de gracias.

Clara participaba de la hilaridad del Indio, cuando una música de género bien diferente, heló la risa en sus labios.

— ¡ Otra vez! — murmuró con espanto oyendo gruñir por encima de la superficie de las aguas un trozo de coro modulado por los cuatro jaguares, apostados sobre la cabeza del estudiante.

El grito que exhalara, excitó los rugidos de los tigres á los cuales rugidos se mezcló también el silbido de las serpientes arrolladas á las ramas de los árboles.

— ¡ Es extraño! — dijo el Indio. — ¡ Esos rugidos parten del mismo lado que la voz de ese hombre! ¡ Eh! señor estudiante — gritó á Lantejas — ¿ está Ud. solo haciendo la siesta á la sombra de esos tamarindos?

El estudiante respondió á Costal con un grito ininteligible; hallábase incapaz de pronunciar una sola palabra, tal era y tan profundo el terror que paralizaba su lengua.

Su brazo tembloroso se levantó por encima de la hamaca para señalar al Indio los terribles huéspedes de sus dos tamarindos. La espesura del follaje que ocultaba los jaguares á la vista de Costal, hizo el gesto del estudiante tan poco inteligible como su grito.

— ¡ Poco á poco, por el amor de Dios! — dijo Clara, á quien el miedo hacía más prudente que á Costal. — Tal vez los tigres se han refugiado en esos tamarindos.

— Razón de más para ir á ver. ¿ Habríamos de dejar á ese pobre joven resfriarse en esa hamaca hasta que las aguas hayan escurrido?

Y diciendo estas palabras, Costal cogió los remos y remó hacia el estudiante, mientras que Clara repetía en tono lastimoso:

— Si estos son nuestros tigres de ayer, como me parece reconocerlos en los maullidos de los pequenuelos, piense cuán furiosos deben hallarse contra nosotros estos animales.

— ¿ Y Ud. cree que no lo estoy yo contra ellos? replicó Costal sin dejar de remar.

Algunos golpes más de remo, le colocaron á distancia suficiente del estudiante para poderse formar idea de la crítica posición en que se hallaba.

Eran cerca de las siete de la mañana y el desgraciado teólogo había contado más de ocho mortales horas en aquella hamaca en que parecía acostado indolentemente como un sátrapa bajo aquel dosel de tigres y de serpientes de cascabel.

A través de las mallas de la red de la hamaca, seguía con mirada llena de ternura las maniobras del Indio. Le vió enseñar con el dedo á su compañero el extraño cuadro que presentaban los tamarindos. Después, en tanto que el negro veía con ojos espantados, don Cornelio oyó al Indio, incapaz de moderar los entusiasmos de su alegría, abandonarse á intempestivas carcajadas.

El estudiante no pensaba sin embargo en formalizarse, por más que le pareciese que su posición y el espantoso estudio de tigres á que se dedicaba tan involuntariamente desde el principio del día, no dieran tan amplio motivo de risa.

— ¿Si nos fuéramos para pensar lo que debe hacerse? — balbució el negro con voz mal segura.

— ¡Irnos para pedir consejo! — exclamó el Indio recobrando su seriedad. No puede haber dos partidos que tomar.

— Es verdad — replicó Clara, hay que tirar al grande; será tarea de un momento.

Entonces el Indio, con la misma sangre fría que había demostrado antes, arrojó los remos al fondo de la piragua y tomó la carabina para renovar el cebo.

— ¿Qué va Ud. á hacer? — preguntó el negro.

— ¡Apuntarle, caramba! respondió Costal; va Ud. á ver.

Y tomando otra vez los remos, se puso en línea recta por debajo de uno de los dos jaguares.

— Esté Ud. tranquilo, señor estudiante — dijo á Lantejas que se mantenía inmóvil y mudo de espanto.

Uno de los jaguares lanzó un rugido cuyos ecos resonaron é hicieron temblar de terror todos los músculos de Clara; luego, desgarrando con sus garras aceradas la corteza del tamarindo, abiertas las fauces y los labios

arremangados por encima de los agudos dientes, el animal fijó la vista sobre el hombre. Una mirada furiosa brotó de aquellas pupilas dilatadas; pero el cazador no sufrió la fascinación de aquellos ojos. Tranquilamente se acomodó para disparar; é hizo fuego. La bestia feroz cayó pesadamente en el agua cuya corriente la arrastró. Era el macho.

— ¡Rápido, Clara; un golpe de remos para alejarnos!

Y al mismo tiempo desenvainaba un filudo puñal y se ponía en guardia.

Pero por más diligencia que hubiera puesto Clara á quien el miedo turbaba las facultades, ya no era tiempo.

La hembra, furiosa por la muerte de su compañero y llena de cuidado por sus cachorros, exhaló un corto y horrendo rugido, y olvidando su miedo, se lanzó de un salto por encima de la cabeza del estudiante y cayó como un rayo sobre la canoa.

La embarcación zozobró. Cazador, negro y jaguar desaparecieron en un instante entre el agua. Felizmente para el negro, el viejo pescador hendía el agua como un pez y en un abrir y cerrar de ojos se colocó entre él y el tigre con el puñal entre los dientes.

Los dos enemigos se midieron con los ojos: el hombre tranquilo y resuelto; el animal rugiendo de furor.

De repente el cazador se sumergió; y el tigre asombrado de la desaparición de su enemigo púsose á nadar en dirección al árbol en que había dejado á sus cachorros cuando se le vió revolverse cual si algún torbellino le atrajera, hundirse hasta la mitad, y luego reaparecer sin vida, con el vientre abierto y arrojando un hilo de sangre que alrededor del cadáver se mezclaba al fangoso color de las aguas.

El cazador reapareció á su vez; lanzó una mirada á su alrededor y nadó hacia la canoa que ya arrastraba la corriente. La alcanzó; y algunos instantes después, remontado ya en su barca puesta á flote, se dirigió hacia el estudiante.

Lantejas no se había aún repuesto de la sorpresa y de

la admiración que le causaran la audacia y la sangre fría de aquel desconocido, cuando, con el mismo cuchillo con que había despanzurrado al tigre, el Indio cortó el fondo de la hamaca para dar al estudiante fácil salida hacia la canoa.

— ¡Y las pieles de los tigres que Ud. deja irse! — exclamó Clara. ¡Por lo menos veinte pesos tirados al agua!

— ¡Y bien! corra tras ellas — respondió el Indio sacando á Lantejas más muerto que vivo, del fondo de su red de cuerdas.

— ¡Dios me libre! — exclamó el negro. — Las pieles ya no sirven. ¡Que vayan al diablo! Y vea, Costal, hágame el favor de remar hacia mí; no tengo muchas ganas de subir á la canoa bajo esos festones de serpientes de cascabel.

— ¿Ve Ud. á la *petilmetra*? — dijo el Indio dirigiendo la piragua hacia Clara que por poco la vuelca al montarla.

— ¡Jesús Dios! — suspiró don Cornelio recobrando al fin el uso de la palabra, mas con los sentidos aún tan turbados, que no se veía sino con algo de desconfianza entre aquellos dos desconocidos, rojo el uno y negro el otro, ambos chorreando agua y con el pelo cubierto de lodo amarillento.

— ¡Eh, señor estudiante! — replicó Clara — en tono de buen humor, ¿eso es todo lo que Ud. dice á Costal para darle las gracias por el servicio que acaba de prestarle!

— ¡Perdóneme Ud. ! ¡Tenía tanto miedo! — respondió Lantejas, quien recobrado que hubo la tranquilidad de espíritu, comenzó con gran fervor á manifestar sus agradecimientos al tigrero, concluyendo por felicitarle por la suerte que tuvo de escapar á los peligros que acababa de correr.

— A fe que es verdad — replicó el Indio. Estoy bañado en sudor; y esa agua que viene de las montañas es tan fría, que fácilmente he podido atrapar una pleuresía.

El estudiante miró con cándido asombro á aquel hombre tan intrépido que creía que el único peligro que corrió durante la lucha en el agua con un animal furioso, fue el de una fluxión de pecho.

— ¿Pero quién es Ud.? — exclamó.

— El tigrero del señor don Matias de la Zanca, antes; ahora del señor don Mariano Silva.

— ¿Don Matias de la Zanca? — dijo el estudiante; es mi tío.

— Me alegro mucho. Sin embargo, si á Ud. le parece, no lo conduciré á su hacienda situada en las montañas, porque sería muy difícil llegar á ellas en piragua. Además Ud. ya no tiene caballo.

— Se lo habrá llevado la corriente; pero tengo buenas razones para no sentirlo.

— No diré lo mismo de mi escopeta que apenas falta una vez de cinco. Ud. comprende que no puedo abandonarla así en el fondo del agua; y con su permiso, señor estudiante, ahora que ya no estoy sudando...

Y diciendo estas palabras, el tigrero comenzó á desnudarse; y cuando se quitó el último trapo, se puso á examinar con atención el lugar en que la piragua había zozobrado y rogó al negro que remara hasta allí. Apenas Clara hubo remado un poco en la dirección conveniente, el Indio se lanzó cabeza abajo y desapareció bajo las aguas.

Transcurrió un espacio de tiempo que á los dos espectadores pareció prodigiosamente largo, antes de que el Indio reapareciera. El hervor del agua indicaba las activas diligencias que hacía en busca de su incomparable escopeta. Al fin apareció la cabeza por encima de la superficie temblorosa del lago; y viósele nadar hacia la piragua con una mano, mientras sostenía en la otra el arma de que el Zapoteca hiciera tan pomposo elogio, elogio tan justamente merecido.

Mientras tanto, el tiempo había transcurrido; y ya quemaba el sol cuando el negro, el estudiante y el Indio, tomaron de nuevo el camino, ó mejor dicho, la dirección de la hacienda de Las Palmas.

Ya en camino, don Cornelio interrogó á sus dos libertadores sobre las causas que les habían conducido hacia él.

— Fué un caballero que parecía muy precisado por llegar á la casa de don Mariano — dijo Costal — el que nos envió hacia Ud. á los tamarindos. Falta saber si él ha tenido tanta suerte como Ud. y si ha escapado á la inundación. Sería una lástima que no hubiera podido llegar á tiempo á la hacienda, porque es un joven valiente y son tan pocos los valientes!

— ¡Dichosos los que lo són! — dijo el estudiante.

— ¡Vamos! — aquí está Clara que no teme á los hombres y que tiene miedo á los tigres como un niño.

Aunque el primitivo furor de las aguas se hubiese aplacado, no por eso era fácil remontar la corriente en una pequeña piragua como la que llevaba á los tres navegantes. Las olas aún estaban recias; y era preciso gran cuidado para evitar el choque con los árboles que rodaban, así como con aquellos cuyas raíces permanecían inmóviles bajo el agua.

Era casi medio día cuando á través de la verde copa de las palmeras parecidas á ramos de verdura cuyos troncos se bañaban en el lago inmenso, apareció el campanario de la hacienda de Las Palmas; luego, el mismo edificio pareció surgir poco á poco del seno de las aguas. Don Cornelio se regocijó ante aquella vista, porque el hambre le devoraba y la abundancia estaba detrás de aquellos muros.

De repente los sonidos claros de una campana que parecía invitar al refectorio, llegaron hasta sus oídos en alegres bandadas, como el canto de los pájaros. Era el *Angelus* del mediodía.

Al mismo tiempo dos barcas con distinta carga, se ofrecieron á las miradas del estudiante.

La primera llevaba dos remeros, un caballero en traje de camino y una mula ensillada y enfrenada.

En la segunda se hallaba sentado don Mariano con sus dos hijas cuyas cabezas cubrían espesas coronas de

claveles rojos y flores de granado y cuyas delicadas manos manejaban los remos, siguiendo el uso del país; y en séguida, en fin, al lado de don Mariano, don Rafael Tres Villas.

Las dos barcas se dirigían hacia las montañas que limitaban la llanura sumergida del lado del norte; y bien pronto, la que llevaba al caballero y á su mula, tocó la orilla. La mula saltó después del caballero, quien dijo adiós con la mano á los que habían ido á acompañarlo, montó y alejóse á los gritos varias veces repetidos de:

— ¡Adiós, adiós, señor Morelos!

Antes de que la segunda barca tomase otra vez la dirección de la hacienda y la de Costal siguiera la misma ruta, el estudiante de Teología pudo apreciar bien su gracioso aspecto y la belleza de las que la montaban.

Los tapices de damasco de seda punzó de que se hallaban cubiertos los bancos de la pequeña chalupa se replegaban sobre sus bordas y se reflejaban en tonos purpúreos sobre la amarillenta superficie de las aguas. Hundiendo en el lago su remo pintado de diversos colores, doña Marianita dejaba caer á su alrededor una lluvia de claveles y de flores de granado desprendidas de su cabellera, en tanto que, bajo la sombra de su corona de púrpura, doña Gertrudis lanzaba de cuando en cuando tiernas miradas al oficial sentado al lado de su padre.

— Señor don Mariano, este es un huésped que conduzco á su señoría, dijo Costal designando á don Cornelio Lantejas.

— Bien venido sea respondió don Mariano.

Y bien pronto saltaron todos á tierra, frente á la puerta de la hacienda, sobre el talud que batían las ondas.